

## CAPÍTULO VI.

Ensayo la union de los elementos romántico-realistas. — *En el puño de la espada.*

En el orden de gradacion seguido por *Echegaray*, en la presentacion de sus obras, este drama es el tercero; en el mérito y la intencion es el primero. Probada en su segunda obra la eficacia de los elementos realistas para lo mismo, restábale poner á prueba la union de unos y otros, grandiosamente combinados, fundando en esta última prueba las mayores y más lisonjeras esperanzas, toda vez que la satisfaccion que pudo producirle el resultado de sus obras anteriores estaba muy léjos de ser completa y pura.

Y sus esperanzas no salieron fallidas; aunáronse para hacerlas más gratas y legítimas, de un lado, la enseñanza que la crítica de sus obras anteriores le proporcionó por las precauciones que para huir en cierto modo sus iras se vió obligado á tomar, y de otro la felicísima combinacion de elementos distintos, que dieron por fruto un bello conjunto, si no escaso de defectos, abundantísimo en bellezas de primer orden, más propias para ser contempladas que descritas.

Lances extraños y maravillosos, situaciones altamente dramáticas y conmovedoras, episodios terribles, un lirismo no siempre oportuno ni igual, pasiones ardientes que se desbordan, intereses en pugna y contradiccion, bellas historias de honra y amor, dan á este drama un sabor romántico marcadísimo y escenas sencillas de familia, incidentes de la vida privada, pintura de costumbres de una época, la prestan colorido realista puro, cuya mezcla da á la obra un realce que no puede comprenderse hasta haber considerado que en estos toques de luz y sombra consisten principalmente las mayores bellezas y los rasgos más característicos de la misma.

Parece que *Echegaray* ha hallado ya la fórmula de su pensamiento, la que ha de fijar y dirigir su fantasía, y darle ocasion á nuevos alardes, en que los triunfos han de contarse por los intentos, y la que ha de determinar el rumbo de su inspiracion.

Llegamos á la obra magna del genio, en esta época, á la que ha de decidir sobre su destino; despues vienen otras en que han de plantearse atrevidos problemas sociales y morales, pero el molde es éste, ésta es la norma á la que todas las demás han de ajustarse; ha llegado el momento en que *Echegaray* al hallar el término de sus investigaciones y experimentos pueda exclamar con la satisfaccion del sabio: «¡Eureka! ¡lo encontré!»

De los cinco críticos que España ha tenido en este siglo, Larra el más genial, Cañete el más analítico, Va-

lera el más sabio, Balart el más perfecto y Revilla el más profundo; dos de ellos, los últimos, han criticado *En el puño de la espada* tan magistralmente que, tanto porque juzgo imposible superarlos como porque en esas críticas se ve muy claramente la impresion que la obra causó al representarse, me decido á seguirles y copiarles en este capítulo, en la seguridad de que mis lectores han de salir gananciosos y yo muestro á mis queridísimos amigos y compañeros Federico Balart y Manuel de la Revilla el respeto, cariño y admiracion que por ellos siento, manifestándoselo en este libro, escrito con entusiasmo juvenil.

Como Juan de Albornoz en el castillo de Orgaz, así penetra el autor en su asunto con la tea en una mano, y en otra la espada, llevando consigo el incendio y la muerte, difundiendo por todas partes el terror y la confusion, derribando cuanto le estorba, inmolando cuanto le resiste, atropellando á cada paso la rutina, violando más de una vez la verdad, y dando sér á un engendro lleno de vida, de vehemencia, de fuerza, de bizarría, indócil á todo yugo, rebelde á toda autoridad y ajeno de toda medida.

Entregad esa obra á un alumno de Retórica y Poética y despues de examinarla escena por escena, verso por verso, y vocablo por vocablo, os demostrará, cual otro D. Hermógenes «con la autoridad de Hipócrates de Martin Lutero» que el drama es malo desde la primera frase de la exposicion hasta la última palabra del desenlace.

No seré yo quién caiga en la tentacion de acometer semejante análisis: una tempestad no se analiza. Ni cabe por otra parte juzgar un lienzo del Tintoreto como una tabla de Gerardo Dox.

Para los grandes ingenios tiene el arte un fuero privilegiado que, eximiéndoles de todo cargo pueril, los somete á más dura responsabilidad por faltas de orden más graves.

Fácil sería probar que la exposicion no resulta tan rápida, ni tan clara, ni tan animada como pudiera; que algunos efectos no nacen naturalmente del asunto como brota la flor de la rama, sino que están, por decirlo así, únicamente superpuestos á la accion como las joyas con que inútilmente recarga su tocado una mujer vanidosa, cuya hermosura acaso campeara mejor sin semejante alarde de riqueza; que en algunos momentos se descubre demasiado artificio y en algunos pasajes demasiado esfuerzo; que más de una vez se muestra sin el menor disimulo la soldadura de unas escenas con otras, faltando así la continuidad de la accion en la cual los acontecimientos deben enlazarse sin violencia confundidos en una sola corriente, como ondas sucesivas de un mismo manantial. Fuera de esto, quizá un fisiólogo extrañaría la seguridad con que afirma Violante las relaciones de parentesco entre Fernando y el conde; quizá un químico negaría las virtudes gráficas de la sangre humana aplicada con la pluma de su sombrero á la hoja de un puñal; por último, quizá un hombre de gusto severo hallaría que el sol y la luna del

Sr. *Echegaray* se muestran más juguetones de lo que conviene á dos astros serios y formales.

Todo eso es verdad; y, sin embargo, quien así procediera obraría como aquellos viajeros que para darnos idea de la grandeza romana nos presentan un clavo arrancado á las ruinas del Coliseo.

Entre los defectos de estructura, el único digno de mencion es aquella serie de inverosímiles casualidades que el autor pone en juego para enlazar el nudo de su obra. Violante, fiando sin necesidad el secreto de su mancilla á una carta, y la carta á una dueña indigna de tal confianza; Brígida, descubriendo el misterio y encomendando el negocio á un escudero cuya suspicacia y vehemencia le son harto conocidas; Nuño, aceptando una tercería á pesar de su altivez, y violando un secreto á pesar de su decantada hidalguía; Fernando, admitiendo con tan arrebatada imprudencia la infidelidad de Laura, y preparando con tan fria crueldad su deshonra y confusion; la marquesa, en fin, perdiendo el tiempo en vanas súplicas, cuando con cuatro palabras puede descubrir al conde el único secreto capaz de evitar su duelo con Fernando, y cuando, si no es para ocultar en la oscuridad el rubor de semejante confesion, no tiene excusa al apagar la luz en solitaria conferencia con un hombre cuya aficion á las tinieblas conoce ya por propia experiencia; todo esto es más de lo necesario para hundir otra obra ménos preñada de interés y ménos revestida de esplendores que deslumbran.

Pero ni aun ahí he de hacer hincapié. Descuidos de

esa naturaleza no faltan por desgracia en las creaciones más perfectas del ingenio humano. Inverosímil es tambien que Edipo viva tantos años sin preguntar las circunstancias referentes á la muerte de Layo. Sin embargo, la tragedia que en tan flaco cimiento funda su accion, es, á juicio de todo el mundo, la obra maestra del arte dramático entre los griegos. Esas imperfecciones, que á sangre fría se descubren y condenan en el silencio del gabinete, pasan inadvertidas ó perdonadas en el calor de la representacion; y la crítica que en tales defectos fundara sus fallos, procedería como Julio II subiendo al andamio de Miguel Angel para examinar de cerca y desaprobar de ligero los incomparables frescos de la capilla Sixtina.

De órden más alto son los pocos errores que, con desconfianza, pero con franqueza, he de señalar en el valiente drama del Sr. *Echegaray*.

Realmente todos ellos pueden reducirse á uno sólo: la excesiva complicacion del argumento, á la cual se debe sin duda la falta de un interés dominante, y de un pensamiento capital.

Exigencia ridícula sería pedir á la obra del Sr. *Echegaray* aquella sencillez rectilínea que vemos en el *Prometeo* de Esquilo y áun en el *Ajax* de Sófocles. Ni el gusto del público, ni la índole del drama, ni la naturaleza de la civilizacion, se prestan hoy á ese género de sencillez. La cultura espontánea, natural, indígena (por decirlo así) que fué patrimonio feliz del pueblo griego, y la civilizacion reflexiva, artificial, humanitaria, que

distingue á las sociedades cristianas de nuestros dias, establecen diferencias fundamentales entre sus respectivas literaturas. Una inteligencia ménos preñada de ideas contradictorias, una memoria ménos cargada de recuerdos heterogéneos, un ánimo ménos atormentado por aspiraciones divergentes, daban á los antiguos más sencillo concepto de la vida, más categórica norma de conducta, más sencilla expresion de juicios y pasiones.

Pero reconocida esa diferencia esencial, aún queda en pié, como ineludible exigencia del arte, fundado en la naturaleza misma de nuestro sér, aquella otra sencillez nacida de unidad á que el artista debe someter en todo caso los elementos ménos concordantes de cada asunto. Esa sencillez nunca falta en las obras maestras, por libre que parezca su marcha y por complejo que sea su argumento. De ahí nace la facilidad con que podemos explicar en pocas palabras el pensamiento fundamental de las grandes obras dramáticas más ricas de incidentes y más recargadas de pormenores.

.....

Ahora bien; ¿cabe encerrar en tan sencillos lineamientos la idea y el título del último drama compuesto por el Sr. *Echegaray*? Me atrevo á dudarlo, y, por mi parte, me reconozco incapaz de tal trabajo. Sin decir que la obra tiene por objeto presentarnos el sacrificio de un hijo que se clava en el pecho un puñal donde está escrita con sangre la deshonra de su madre, esa explica-

ción será un verdadero enigma como hecho material y como pensamiento filosófico. Quien conozca la obra os preguntará de seguro dónde dejais á Juan de Albornoz; quien no la conozca, se perderá en vanas conjeturas por averiguar qué relacion puede tener todo eso con el puño de una espada.

Los grandes escultores procuran que sus estatuas más ricamente vestidas presenten á la vista una línea exterior sencilla y característica al mismo tiempo. Ése es también el talento propio de los grandes dibujantes. En la obra del Sr. *Echegaray* (como en algunas de ciertos insignes coloristas) falta la sencillez de la línea exterior. Hay en ella demasiadas intenciones dramáticas y ninguna que avasalle y circunscriba á las demás. Por eso la impresion total es más profunda que clara, y ménos distinta que duradera. Los intereses resultan sobrado numerosos; las relaciones sobrado complicadas; los medios sobrado ingeniosos y rebuscados, para que aparezca con la debida claridad un pensamiento principal capaz de dominar el ánimo y de iluminar la conciencia.

Gracias á esa confusion, el desenlace no nos satisface moral ni dramáticamente, á pesar de su brillante originalidad. La suprema enseñanza del teatro consiste en presentarnos al fin el aparente desórden de los acontecimientos humanos sometidos á un poder superior que, llámese Providencia ó Destino, dirige á fines determinados las fuerzas del mundo moral como los elementos de la naturaleza física, y no combina con ménos sabi-

duría los accidentes destinados á mudar la suerte de los individuos, que las grandes revoluciones encaminadas á trastornar la fortuna de los imperios.

Esa revelacion tácita de un poder regulador es lo que echo de ménos en el desenlace. Cierto que á última hora el autor, por boca de Fernando, administra perfectamente la justicia dramática, señalando á cada cual su merecido, en cuatro admirables versos llenos de profundo sentido moral: á Violante el impenetrable secreto de su afrenta; á Laura la paz del claustro, donde, libre del conde, viva llorando su desventura y rogando por su amante; á Juan, en fin, los remordimientos de un alma criminal, ántes exacerbados que conjurados por el perdón de una víctima inocente. Todo eso es obra de gran moralista y de gran poeta. Pero el espectador, al propio tiempo que aplaude semejante fallo, no puede ménos de poner en duda su eficacia. Para que tuviera el debido cumplimiento era necesario haber dado á Juan la capacidad moral que le falta por completo. Aquel hombre, tal como se nos presenta en todo el curso de la obra, no carece sólo de virtud, carece también de conciencia. Su naturaleza no es mejor que su conducta, y su castigo resulta, por lo ménos, tan dudoso como su enmienda.

Supuesto tal carácter, la justicia y el arte parecían reclamar de consuno la muerte del conde, como natural complemento del desenlace: la justicia porque el castigo es necesario, y evidente la imposibilidad de imponerlo en el fuero interno; el arte porque mientras viva Juan

no puede haber seguridad para Laura, ni tranquilidad para Violante. La eleccion de ejecutor para tal sentencia es asunto secundario; y, en último extremo, el autor podia quizás haber completado la obra del Destino ó de la Providencia, dejando llegar las cosas adonde naturalmente parecían dirigirse.

Tal es el principal defecto que, con razon ó sin ella, creo descubrir en la obra. Las bellezas son tantas que no cabe encomendarlas á la memoria.

El mérito más raro de esta atrevida creacion consiste en ser á la vez un verdadero drama y un verdadero poema. La accion y la poesía se confunden allí en una sola corriente, como dos manantiales tributarios de un mismo rio; y en las desigualdades de aquel estilo brillante y candente como un volcan, la pasion y el pensamiento se compenetran, constituyendo un conjunto homogéneo; el Sr. *Echegaray*, á fuer de gran poeta, sabe como nadie convertir las ideas en sentimientos y los sentimientos en ideas.

Cuando, agobiada Violante por el peso de sus desventuras, exclama levantando las manos al cielo:

¿Dónde acaba tu rigor  
y principia tu clemencia?

ese apóstrofe sublime, es á la vez el comentario más oportuno de su desdicha y el grito más espontáneo de su dolor.

Cuando Juan, ciego de cólera, increpa ásperamente

á Fernando; quejándose de hallarlo á todas horas en su camino

como viva encarnacion  
de sus culpas y pecados,

nos presenta, sin esfuerzo, en la explosion más violenta de su ira, la filosofía más profunda de su historia y de su situacion.

Rasgos de análoga especie se hallan sembrados con profusion en todo el curso de la obra, y si no siempre producen su efecto, es porque no siempre ocupan su lugar. Algunos quedan perdidos en la exposicion, donde, por falta de datos, no puede el espectador apreciar su delicadeza, ni siquiera comprender su sentido.

Tal es, en suma, este drama singular, donde hasta los errores llevan el sello del talento y el hálito de la inspiracion. Para obras de esa índole no hay más que dos fallos posibles: el triunfo ó la pena capital. Público y crítica, con una justicia que los honra, han optado por el triunfo; y en cuanto á mí, una amistad de toda la vida es la mejor garantía de la viva satisfaccion con que, perdido entre la multitud, arrojé á las plantas del poeta mi modesto ramo de laurel.

La ejecucion ha sido excelente por parte del Sr. Vico. Vico y Echegaray parecen nacidos para en uno: el mismo brio, el mismo arrebató, la misma fantástica grandeza. ¡Bienaventurados los actores que dan con tales poetas! ¡Bienaventurados los poetas que dan con tales actores!»

Esto escribia Balart en Octubre de 1875. Hé aquí ahora el juicio del Sr. de la Revilla, publicado el dia siguiente de la primera representacion:

España cuenta de hoy más con un genio dramático de primera fuerza. Las brillantes promesas de *La esposa del vengador*, un momento oscurecidas en *La última noche*, han tenido al cabo feliz cumplimiento en el grandioso drama que anoche mereció del numeroso y escogido público que llenaba todas las localidades del teatro de Apolo, una de esas ovaciones que, por lo ruidosas y merecidas, forman época en los anales del arte. El ingenio desordenado y fogoso, cuyo primer enérgico rugido escuchó el público con mezcla de admiracion y extrañeza en la pasada temporada cómica, ha logrado evitar los terribles escollos y salvar los hondos abismos en que podian precipitarle sus temerarios ímpetus, y se ha colocado de un solo y vigoroso salto en esa envidiable y envidiada altura á que únicamente llegan los espíritus marcados por el destino con el sello de la inmortalidad.

Pinta la fantasía musulmana el camino de la gloria como puente estrechísimo, tan sutil é imperceptible como un cabello, suspendido sobre los abismos insondables y tenebrosos en que gimen y se retuercen los condenados. Guarda su entrada con fruncido ceño y espada fulminante el ángel Azrael, ministro inexorable de las divinas justicias, y por tan estrecho puente pasan las almas que aspiran á penetrar en el paraíso deleitoso donde moran las huríes de eterna pureza é incorrupti-